

NACIONES UNIDAS

CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL

PROPIEDAD DE
LA BIBLIOTECA



LIMITADA

ST/ECLA/CONF.20/L.10
noviembre de 1965

ORIGINAL: ESPAÑOL

CONFERENCIA LATINOAMERICANA SOBRE LA INFANCIA Y
LA JUVENTUD EN EL DESARROLLO NACIONAL

Auspiciada conjuntamente por la Comisión Económica para América Latina, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, en cooperación con la Organización Internacional del Trabajo, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, y la Organización Mundial de la Salud

Santiago de Chile, 28 de noviembre al 11 de diciembre de 1965

EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION DE AMERICA LATINA Y LAS PRIMERAS
ETAPAS DE LAS POLITICAS DE POBLACION; SU INFLUENCIA SOBRE
LOS PROBLEMAS DE LA JUVENTUD Y DEL DESARROLLO

Presentado por

Dr. Hernán Romero, Profesor de Medicina Preventiva y Social
de la Universidad de Chile



INDICE

	<u>Página</u>
INTRODUCCION	v
DEMOGRAFIA	1
Crecimiento sin precedentes ni parangón en otras partes...	1
Influencia de la alta fertilidad y del descenso de la mortalidad	2
POBLACION Y RECURSOS NATURALES	3
Beneficios de una mayor población	3
La ilusión de los espacios vacíos	4
No se pretende detener el crecimiento	5
NUESTRO PORVENIR DEMOGRAFICO	6
La transición demográfica	6
Nuestra transición será más rápida	7
LAS MIGRACIONES INTERNAS	8
El mundo se urbaniza	8
La megacefalia	9
Desplazamientos selectivos	10
Los cinturones de miseria	11
La vivienda	12
AMERICA LATINA, CONGLOMERADO HOMOGENEEO	12
Semejanzas y diferencias	12
Las estructuras sociales	13
La clase media	14
LA EDUCACION	15
Logros y retrocesos	15
El planeo de la educación	16
Imperfecciones y derroches	17
Defectos de calidad	18
ALIMENTACION	19
Empeora el panorama mundial	19
La agricultura debería tener prelación alta	20
El despegue en la agricultura	21
ECONOMIA	22
El despegue de Rostow	22
Evolución reciente de la economía	23
Pretendida similitud con fase preindustrial de países desarrollados	24

	<u>Página</u>
FRENACION DE LAS POBLACIONES DE OTROS ANIMALES	25
Numerus clausus	25
Habitantes versus recursos	26
La revolución de expectativas surgentes	27
Preocupación reciente por el crecimiento de población..	28
Política de población	29
El control de la natalidad	30
La conducta de la Iglesia Católica	31
La explosión de población en la familia y los médicos..	32
RESUMEN Y CONCLUSIONES	33

INTRODUCCION

En toda consideración de los problemas de la niñez y de la juventud en América Latina deben tenerse presente dos hechos demográficos que son básicos: 1) el aumento muy rápido en el número de individuos de edades bajas y 2) la proporción muy considerable que ellos representan en las poblaciones nacionales.

Este trabajo examina dichos hechos en relación con los requisitos previos para el desarrollo económico y social y con los cambios de estructura de las sociedades de América Latina, como también con las consecuencias que ellos acarrearán en las esperas principales de la política pública: educación, nutrición, vivienda etc. Examina también la modificación profunda que han sufrido las opiniones dominantes respecto al crecimiento rápido de las poblaciones en la región, que facilita la iniciación de programas destinados a influir las tasas de incremento. Discute, además, las medidas necesarias y ahora aplicables para reducir el peso con que una fertilidad próxima al máximo biológico grava a la sociedad y a las familias de las estratas de bajos ingresos, mal alimentadas y desocupadas o sub-ocupadas.



DEMOGRAFIA

Crecimiento sin precedentes ni parangón en otras partes

América Latina goza de la prerrogativa aciaga de que su población crezca con mayor rapidez que la de cualquiera otra región del mundo actual y que en época alguna de la historia. Todavía más, la velocidad de ese aumento se ha acentuado en tiempos recientes y sólo ahora esta aceleración lleva visos de disminuir. Creció así a una tasa anual de 1.9 por ciento, en el segundo decenio de este siglo; de 2.8 entre 1960 y 1962 y ahora lo está haciendo a razón de 3 por ciento, ritmo al cual se duplicará en unos 23 años. A una tasa de 4 por ciento como la de Costa Rica, la duplicación se produce en 17 años y de sostenerse el número debería multiplicarse 55 veces en el siglo. Anualmente se agregan ahora más de 7 millones o sea algo menos que todos los habitantes de Cuba o de Chile. De 63 millones, en 1900, está alcanzando ya los 240 millones. Correlativamente ha pasado a ser, entre estas fechas, del 2.7 por ciento al 7 por ciento de la humanidad, no obstante la rapidez del incremento de la población mundial (2 por ciento), que tampoco tiene precedente.

Empalaga explicar el mecanismo del fenómeno que hasta el vulgo conoce y que consiste, fundamentalmente, en la coexistencia de una fertilidad medieval (41 por 1 000) con una mortalidad casi moderna (13 por 1 000), en descenso y susceptible de reducir apreciablemente. Como en otras partes, bajó ésta, en el pasado, pari passu con los progresos sociales, económicos y sanitarios. En los últimos tiempos se incorporaron al arsenal de lucha y control de las enfermedades transmisibles - infecciosas y parasitarias - armas de extraordinaria eficacia y lo que es más, que quedan al alcance de las colectividades pobres. Se pudo, pues, importar estas armas y las técnicas para su empleo, adquisiciones ambas que facilitó y estimuló la colaboración internacional.

Desde entonces la mortalidad se liberó de su sujeción a las condiciones generales de los países y Ceilán, por ejemplo, pudo reducirla a un tercio (de 30 a 10 por mil), a partir de 1921 y en un lapso de 30 años. Debida principalmente al éxito de la campaña contra la malaria, esta ganancia no guardó relación alguna con el mejoramiento discreto de los componentes del nivel de vida ni de los otros índices sanitarios. No huelga agregar que, una vez abatido el paludismo, se gastó en DDT, para mantener los resultados, unos 10 o 15 centavos de dólar por individuo al año.

Puesto que somos latinoamericanos, fue más expedita que en Asia o Africa la introducción de esas técnicas sanitarias. En algo pudo influir la tendencia creciente de los médicos a perfeccionar su preparación en el extranjero. Los antibióticos, los insecticidas de acción residual, el cloro para la desinfección de las aguas de bebida y otros agentes determinaron un ahorro de vidas de magnitud inigualada y desencadenaron, hacia 1920, una revolución demográfica que fue adquiriendo impulso y extendiéndose por nuestros territorios. Para dar idea de esa magnitud, basta

/recordar que,

recordar que, en menos de 20 años (entre 1935-39 y 1960-63), bajaron su mortalidad a la mitad o a menos Chile (23.7 a 11.9 por mil), Costa Rica (20 a 8.4), El Salvador (21.1 a 11) y México (23.3 a 10.9). Consecutivamente, ha habido ganancias muy sustanciales en la expectativa de vida, que han sido, en ocasiones, de un año por cada año calendario. Así la de México fue de unos 40 años, en 1940 y de 60, en 1960 y la de Puerto Rico está llegando ya a los 70.

Nadie ignora que una fertilidad elevada da lugar a una población joven, calificada así porque posee proporción alta de individuos en los grupos de edad por debajo de 15 años y pequeña, en los que exceden de 60 a 65. En nuestras naciones aquellos grupos representan, con dos excepciones, el 40 y aún el 45 por ciento del total, frente a poco más de 20, en Bélgica. De consiguiente la mitad de los habitantes tiene menos de 19 años; en Brasil y un cuarto, más de 65, en Francia; son niños, en México, uno de cada 2 habitantes y viejos (mayores de 65 años) 2 o 3 de cada 100: en Gran Bretaña las proporciones respectivas son de 1 es a 4 y de 12 o 13 es a 100.

En cambio pocos saben que si se mantiene constante la fertilidad, los descensos de mortalidad, porque siempre benefician de preferencia a las edades bajas, influyen poco o nada en la distribución. De modificarla, lo hacen en el sentido inverso del que se pudo esperar, esto es la rejuvenecen. Así en Taiwan, por ejemplo, la mediana de edad ha bajado, desde 1915, de 21 a 18 años y en Estados Unidos de 29.5 a 26 años, desde 1960. Se ensancha apreciablemente más el conjunto de los menores de 15 años - la base de la pirámide - que el de mayores de 60 y se agrava la carga de dependientes, en lugar de alivianarse. Por lo demás, lograr que sobrevivan muchos niños significa acrecentar el número de los futuros progenitores.

No obstante las disminuciones apreciables de mortalidad infantil y en el primer quinquenio, sucede que, de cada 100 defunciones, 7 ocurren en menores de 5 años, en la Europa Occidental y 42, en América Latina. Se comprende así que el grupo de 15 a 64 años constituya el 65 por ciento para Gran Bretaña o Francia y el 56 por ciento para nosotros. Como entre éstos se reclutan los activos, significa que el contingente nuestro es, proporcionalmente más pequeño, además de llevar una carga mayor. Resulta aproximadamente doble por la combinación de ambos factores.

Influencia de la alta fertilidad y del descenso de la mortalidad

Aparte las consecuencias indirectas, el crecimiento veloz de población impone penalidades de dos órdenes: influye desfavorablemente la distribución según grupos de edad y el consumo corriente absorbe recursos que podrían destinarse a la formación de capital, que promueva el desarrollo económico. Al nacer todos los niños son bocas para hoy y sólo algunos, brazos para mañana, que, por lo demás, no se pueden aprovechar siempre. Es obvio que, de ordinario, las familias numerosas tienen menos posibilidades de ahorro y el estado obtiene de ellas un monto menor de impuestos. Por cuanto el

/capital resulta

capital resulta de la diferencia entre el producto y el consumo, cuanto mayor sea éste, tanto menor será el margen de los excedentes. Se establece así el círculo vicioso; la falta de capital impide acrecentar los rendimientos y la escasez de éstos agrava la de aquélla.

Porque abundan los niños, precisa aumentar las inversiones en servicios sociales - educación, salud, vivienda etc. - cuyos rendimientos son menos directos y más retardados. Se plantea la disyuntiva de sacrificar, pues, la construcción de fábricas para proveer escuelas y de centrales hidroeléctricas, para suministrar casas. Se agrava la situación, por cuanto nuestros países no han logrado formar aún su infraestructura: esas centrales, los puertos, caminos, ferrocarriles etc. Los defectos de estructura contrarían el desarrollo de la agricultura y de las industrias, que, de establecerse, son menos rendidoras.

Sea como fuere, hay que dedicar fondos para equipar a la avalancha de individuos que, en estas circunstancias, se incorpora, año a año, al mercado de trabajo. Para ellos las alternativas se reducen a la desocupación o a la subocupación, en forma de faenas agrícolas a medio vapor, frondosa burocracia y otros servicios, como los domésticos y los comercios minúsculos, ambulantes o no. Suelen medrar los cuidadores de automóviles en sitios de estacionamiento o los lustrabotas, que desempeñan una función útil, pero de rendimiento mínimo o nulo.

Con conocimientos y experiencia dilatados, J.J. Spengler estima que, para procurar ese equipamiento, se requiere reservar un 4 por ciento del ingreso nacional, cuando la población crece a una tasa de 1 por ciento. Para la nuestra de 3, se requeriría, por tanto, una reserva de 12 por ciento, aproximadamente y con ella, los niveles de vida se mantendrían estacionarios. Como ha comentado más de alguien, nos ocurriría así como al personaje de Lewis Carrol: correríamos desafortadamente para permanecer donde mismo. A que no hemos sido capaces de un esfuerzo todavía mayor se debe, en buena parte, nuestro estancamiento.

POBLACION Y RECURSOS NATURALES

Beneficios de una mayor población

Se pueden aducir argumentos contundentes para demostrar que habría conveniencia en que América Latina tuviera número mayor de habitantes que el actual. No se ha puesto en tela de juicio esta aseveración: nadie pretende que sea excesivo ni siquiera que haya de estabilizarse en el nivel de hoy. No sólo escrúpulos de idioma inducen a desterrar el vocablo sobrepoblación, que es ambiguo y engañoso. En sentido lato se le podría aplicar a todo caso en que los recursos no bastan para atender las necesidades y en este sentido, la condición se dio y se puede dar, aún hoy, con una densidad relativamente discreta. Sin embargo, los recursos están allí, de ordinario y sólo ocurre que no se les sabe o no se les puede explotar. No huelga anotar que se parecen las densidades de Italia e India.

/Porque tampoco

Porque tampoco nadie piensa ya que de la abundancia de gente depende el poderío de una nación o que procede aumentarla para engrosar los efectivos militares - para disponer de carne de cañón en mayor abundancia - hay que prescindir de las consideraciones que conformaron la política demofílica, hacia fines del siglo XVII y que llegaron, con muchas intermitencias, hasta la era de Mussolini. Es suficiente pensar que ese poderío oscila entre Estados Unidos y la Unión Soviética y que existen dos países con el doble o más de población. Por lo demás, China Continental e India son bastante menos prósperos que Suiza.

La ilusión de los espacios vacíos

Poca pertinencia tiene el argumento de que subsisten grandes zonas sin explotar y aún desocupadas. Subsisten así, porque no se dispone de los medios ingentes que exige, por lo común, dicha explotación y así lo demuestra la circunstancia de que la migración interna sea eminentemente centrípeta y se oriente hacia las ciudades y, principalmente, hacia la metrópolis. En verdad una simple ojeada al mapa permite percatarse de que nuestras poblaciones están anormalmente concentradas en las tierras altas y a lo largo de las costas, dejando espacios vacíos de tamaño colosal. Hecho tan conspicuo ha constituido, entre esos argumentos, el más aparatoso para sustentar que la inundación de gente, que terminará por invadirlos, es una bendición del cielo.

Hay razones poderosas para sustentar que dicha distribución no emana del azar ni menos de la carencia de espíritu de empresa y aventura. Esos terrenos baldíos pondrían enormes dificultades de orden edafológico: serían tierras pobres y agotadas o carentes de humus. Habría, además, el problema tremendo de los ríos tropicales, que ocasionarían mucho más daño que beneficio. Se ha calculado que el Amazonas aporta un quinto de las aguas que contienen todos los océanos del planeta y que los tres sistemas - el suyo, del Orinoco y del Magdalena - serían tan torrentosos e inmanejables que resultarían más arduos de domeñar que el Mississippi. Con su enorme potencia, sólo ahora está logrando Estados Unidos meterlo en vereda. Otros expertos contemplan el asunto con optimismo. No procede, en todo caso, penetrar en la controversia, porque, según parece, los pasos del progreso deben orientarse en otro sentido.

La magnitud de esos espacios baldíos queda de manifiesto asimismo si se atiende a que el conjunto de 28 naciones y territorios de nuestra América - tomada en sentido más amplio - posee, aproximadamente, el 12 por ciento del territorio y poco más del 10 por ciento de la población del planeta. Al mismo tiempo, su producto doméstico bruto es apenas el 6.5 por ciento del gran total. Kingsley Davis contrasta estos guarismos para desbaratar el mito de que las tierras nuevas y el acopio de recursos naturales explicaría la prosperidad rápida de Canadá o de la Oceanía. Con mucha sagacidad anota que la Argentina y Australia, como también Nueva Zelanda y Chile ofrecen semejanzas entre sí, en cuanto a geografía y otras circunstancias y, sin embargo, el ingreso per cápita de Australia es 2.5 veces mayor que el argentino y el de Nueva Zelanda, 3.5 veces

/superior al

superior al chileno. Puede que esa misma prodigalidad de tierra y de recursos - agrega Davis - sea causa de que no nos hayamos preocupado antes de frenar la natalidad y haya adormecido el afán de adquirir educación y competencia técnica, de crear las instituciones, de organizarnos y de disciplinarnos de modo que permita explotarlos eficazmente. La abundancia sólo nos ha servido para mantener más gente con nivel de mera subsistencia.

No se pretende detener el crecimiento

No cabe negar, en cambio, que el incremento en el número de personas ensancha el mercado interno y fomenta la producción en masa y más barata, permite una diversificación mayor de las actividades y reparte los gastos públicos entre una cantidad de distribuyentes, también mayor. Sin embargo, la estrechez de nuestros mercados no proviene de la escasez de individuos, sino de dinero, al punto que las manufacturas suelen ser de vitrina. Se diría que se fabrican los artículos para exhibirlos, porque no están al alcance de los más. En Estados Unidos no circulan tantos automóviles, no porque los americanos sean muchos - en comparación con los indostánicos, por ejemplo - sino porque son ricos o "afluentes", en la expresión de Galbraith. Si los chilenos pudieran adquirirlos en una proporción parecida a la suya, probablemente se justificaría fabricarlos en el territorio.

Entre otros factores, la abundancia de niños opone obstáculos tremendos a la educación. Sin ella es difícil combatir la apatía y el fatalismo y la gente carece de interés y aptitud para introducir las innovaciones, que son resortes incomparables de progreso. En nuestro caso, no necesitamos originarlas, sino importarlas y adaptarlas. Como dice H.C. Wallich esta asimilación resulta más fácil y rápida, gasta menos fuerzas vitales; pero procura también menos avenidas para la energía creadora. El analfabetismo es enemigo del pensamiento racional que abre la mente hacia las cosas nuevas. México ha tenido éxitos sonados en agricultura, porque ha introducido métodos modernos y trasladado, por ejemplo, las siembras de trigo a terrenos con riego artificial. Por lo demás, si se pudiera proveerla de capital y se educara y entrenara nuestra mano de obra no calificada y redundante, se lograría acaso toda la diversificación deseable. En situaciones extremas los impuestos pueden substraer el 90 por ciento de las entradas y pagarse sin sacrificio insufrible cuando ellas son realmente opíparas.

No huelga repetir que no se pretende parar el aumento de población, sino atenuar su velocidad. A alguien puede convenirle subir 20 kilogramos de peso, pero no en una semana o en un mes. Ilustremos el aserto, citando el caso de Brasil, de que se ocupó Ansley J. Coale. Se estima que tenía, hacia 1900, 17 millones de habitantes; los censos de 1950 y de 1960 arrojaron 52 millones y 71 millones, respectivamente y, de seguir creciendo con la celeridad actual, alcanzarían a 235 o 240 millones, en el año 2000. Se habrían multiplicado unas 14 veces. Si se aceptara aún que aquella primera aproximación está un 10 o aún un 20 por ciento por debajo de la

/realidad, no

realidad, no cambiarían apreciablemente las bases del cálculo. Una reducción de las tasas de fertilidad a la mitad de la actual todavía le aseguraría un incremento del grupo de 15 a 64 años desde 38 millones a 161 millones, en los próximos 60 años. Dicho grupo sería entonces 42 por ciento mayor que el de Estados Unidos en el momento actual. No se puede decir que, en estas circunstancias, habría de ser insuficiente la fuerza de trabajo.

NUESTRO PORVENIR DEMOGRAFICO

La transición demográfica

Para disfrazar sus prejuicios, algunos pretenden que no procede impulsar el control de natalidad en nuestras naciones, porque no se logran éxitos sino en poblaciones cuyos niveles de vida son ya mucho más elevados. Deberíamos esperar, pues, la transición demográfica. El primer argumento importa desconocer las experiencias recogidas últimamente en Taiwan, Corea, Hong Kong, Barbados y en otras partes y el segundo, ignorar que ese proceso demoró un siglo y más en la Europa Occidental, que se triplicó en el período. En el intertanto, América Latina podría tener sobre mil millones de habitantes. No equivale a negar que se vislumbra, en algunas partes, esa transición y que se producirá más pronto de lo que muchos esperan.

Porque ocurrirá así, con toda probabilidad, algunos pensamos que se juzga el porvenir demográfico de América Latina con exagerado pesimismo. Es cierto que las proyecciones de población que se prepararon en el pasado quedaron por debajo de la realidad y parece evidente que, en varios países, no se ha traspuesto aún el cénit del crecimiento natural. En verdad varias tasas de mortalidad son susceptibles de disminución apreciable y si bien las de natalidad que no distan mucho de 50 traducen fertilidades próximas al máximo de la capacidad humana, hay otras que todavía pueden empinarse. Las mejorías de salud disminuyen la frecuencia de la esterilidad y hasta acrecientan la fecundidad. En los estudios extensos que sobre reproducción humana practicamos en la década del 40, creemos haber demostrado la abundancia considerable y apenas conocida de los abortos involuntarios. Parece ser propia del subdesarrollo y amenguarse con los progresos de las condiciones de vida y de salud. Es justo inducir que a este mecanismo se deban muchos incrementos en el número de nacimientos registrados últimamente.

Está establecido que los progresos manifiestos del desarrollo económico producen aumento temporal del número de nacimientos, atribuible al optimismo consiguiente. Dura hasta que se dejan sentir, inexorablemente, las fuerzas depresoras que ejerce la misma prosperidad. Porque dicho aumento se prolongó, en Estados Unidos, por lapso casi de un decenio, se creyó que "el auge de criaturas" (baby boom) iba a desbaratar la ley general. La natalidad ha estado descendiendo, sin embargo, desde 1957 y en 1965, se incorporarán menos de 4 millones de niños o sea cantidad menor que en 1953, no obstante haber muchas más mujeres de edad fértil que en el pasado. Se trató, pues, de un "asunto demográfico" mas persistente

/que los

que los otros y con características peculiares, puesto que en ese auge tuvo manifiesta influencia al término de la Segunda Guerra Mundial. Permitió que se consumaran muchos himeneos aplazados y volvieran a reunirse muchas parejas.

Nuestra transición será más rápida

Estos fenómenos son, pues, transitorios y hasta efímeros. Hay razones para pensar que esas fuerzas depresoras actuarán con más energía y rapidez entre nosotros, aunque sólo sea porque el control de natalidad tiene una demanda social de gran intensidad y su práctica ha de difundirse pronta y extensamente. Poniendo de lado dicho control voluntario, los otros mecanismos frenadores parecen ser múltiples. Tanto lo son que alguien ha dicho que podrían influir desde las manchas del sol hasta la acción espermicida del jabón. En las civilizaciones modernas e industriales, actúan el aplazamiento del matrimonio; la disminución del concubinato y de las relaciones consensuales, que suelen establecerse más precozmente; las separaciones y los viajes; la emancipación de la mujer y su incorporación progresiva al mercado de trabajo, el mayor coste del mantenimiento y la educación de los hijos, las legislaciones que prohíben el empleo de los menores y otros muchos mecanismos.

Con estimaciones basadas en procedimientos de cálculo muy ingeniosos y dignos de crédito, el Dr. Kingsley Davis ha probado que la natalidad de Argentina, que fue la primera nación nuestra en urbanizarse y en adquirir algún desarrollo industrial, bajó de unos 45 por mil, hacia 1880, a 25 o 26, 50 años después. El descenso fue gradual hasta la Guerra del 14 y rápido, después, para estabilizarse durante la depresión. El fenómeno se ve con más claridad, se toma la tasa de nacimientos por mujeres de 15 a 44 años, que descendió de 206 a 103, en un lapso parecido.

Davis atribuye estas variaciones a la limitación voluntaria, que sería similar a la de otros países católicos - España, Portugal e Italia - en el momento respectivo. Ocurre así que se da, en 1947, una relación francamente negativa entre la fertilidad y el grado de urbanización de las distintas provincias, que no existía, virtualmente, entre 1869 y 1895. Entonces no habían comenzado las prácticas anticoncepcionales. Esos mismos fenómenos se observan en otras naciones latinoamericanas. Así la fertilidad de Chile fue, en 1950, un 82 por ciento de la habida en 1900-4. En la evolución demográfica esta República va a la zaga de Argentina y Uruguay - que tienen ya un crecimiento inferior al de Estados Unidos - y precede a las otras naciones hermanas.

Según Rubén Talavera, también habría, en Chile, diferencias de fertilidad entre 190 por mil, para las mujeres de áreas urbanas y 270, para las rurales. Como el 74,3 por ciento de las mujeres de 15 a 49 años resultó pertenecer, en 1960, aquellas áreas se entiende que la fertilidad nacional se aproxime más a la urbana que a la rural. En las inactivas es de 240, o sea más del doble que en las activas (110). La caída en la ciudad no fue más marcada, probablemente, porque 13 por ciento del incremento de la población urbana se radicó en callampas, donde la tasa bruta de reproducción, de 2.5 es apenas superior a la rural.

/Harold Geisert

Harold Geisert verificó que, hacia 1950, el número de niños menores de 5 años por 1 000 mujeres de edad fecunda era, respectivamente, en la ciudad y el campo, de 456 y 813, en Costa Rica; de 537 a 726, en Nicaragua y de 505 y 851, en Panamá. En la encuesta de Tabah y Samuel de 1959 a que se alude en otras páginas, se advirtió que la tasa de fertilidad fue de la mitad en los estratos económicos y culturales más altos y que la reducción es deliberada y se ha intensificado en el último quinquenio. En general son ideales para las mujeres encuestadas, en general, los 23 años como edad de matrimonio; 4, como número de hijos y 2.5 años, como intervalo entre los embarazos.

A base de 8 variables independientes, 6 de las cuales son consideradas índices de desarrollo económico, D.M. Heer y E.S. Turner recientemente establecieron, en 318 unidades políticas de 18 países nuestros, relación inversa entre ese desarrollo y la fertilidad. Se empina ésta, temporalmente, con un brinco en dicho desarrollo; pero vuelve a deprimirse por debajo del nivel anterior. Ahora han empezado a actuar las fuerzas sociales que son más propias de la urbe. Entre ellas ninguna es más enérgica que la educación. Estos ejemplos son más que suficientes para probar que está sobreviniendo la transición demográfica y que caminará más ligero que en otras partes y que en el pasado. No es aventurado aseverar, pues, que son demasiado pesimistas los pronósticos demográficos.

LAS MIGRACIONES INTERNAS

El mundo se urbaniza

Uno de los fenómenos definidores de la época contemporánea es el que, impropriamente, se ha dado en llamar urbanización. Consiste fundamentalmente en el desplazamiento, en volúmenes progresivamente mayores, de la gente de campo a la ciudad. Lo accionan dos fuerzas: la atracción de ésta y el rechazo de aquél. Se deben, respectivamente, a que una ofrece expectativa de mejores niveles de vida y el otro está requiriendo, cada vez, menos brazos, a impulso de los progresos de la agricultura. Los mejores niveles de vida se traducen en ingresos más altos y acaso más regulares, seguro y servicios sociales, mayores posibilidades de educarse y entrenarse y de consiguiente, ascender a una estrata superior etc.

Datos dignos de crédito que presentó Amos H. Hawley, revelan que, a comienzos del siglo XIX, menos del 2 por ciento de la humanidad vivía en urbes de 100 mil o más habitantes; no más de 2,5 en las de 20 000 o más y que de aquel tamaño, sólo existían 22. En los cien años siguientes, la población urbana de Europa se duplicó y triplicó. Hacia el fin de este lapso, Inglaterra, cuya prosperidad había comenzado antes y proseguido con mayor rapidez, tenía ya el 61 por ciento en agrupaciones de 10 mil y más; las proporciones eran, en Francia, de 26 por ciento y de 15, en Alemania,

/Austria y

Austria y Suecia. Para las de 20 mil o más, que ya eran 120, ese porcentaje de 2.5 se había decuplicado y alcanzado a 25 por ciento, en 1960; para las de 100 mil y más, el salto fue poco menor, puesto que pasaron de menos de 2 a 16 por ciento con un espectro que iba desde 11 por ciento, para Asia a más de 50, para Oceanía. Hacían las últimas un total general de 15 millones, en 1800 y otro, unas 21 veces mayor (314 millones), en 1950. Correlativamente, 3 134 condados de Estados Unidos habían sufrido, en la década inmediatamente anterior, un grado mayor o menor de vaciamiento, porque los campesinos propiamente tales se redujeron a 13.4 millones o sea 7.5 por ciento mientras la población propiamente urbana excedió del 70 por ciento.

No procede comentar las perturbaciones y dificultades que el proceso crea en otras partes. Van desde la formación de conglomerados tan monstruosos como Tokio o Shangai y los que llegan a toparse y se funden en megápolis (conurbations de los ingleses), la erosión de la parte central que da lugar a la formación de verdaderos ghettos, donde residen los ciudadanos deprimidos (negros, judíos etc.), los enredos de transporte y tránsito y suma y sigue.

Si se cumplen las predicciones, el 73 por ciento de todos los individuos de Estados Unidos vivirá en 200 áreas metropolitanas y cerca del 40 por ciento, en tres complejos: uno que abarque desde Nueva York, Filadelfia y Washington hasta Norfolk; otro que cubra todo el territorio comprendido entre Milwaukee y Cleveland y un tercero que se extienda desde San Francisco a San Diego, a lo largo de la costa de California. No parece muy sonriente ese porvenir. En todo caso el proceso general está respaldado por el desarrollo de la industria que ocupa los brazos que desocupa la agricultura y no obstante haber sido enormemente veloz, ha permitido un grado mayor o menor de asentamiento y ordenación.

La megacefalia

En América Latina el fenómeno reviste características un tanto peculiares y es mucho más nocivo. Como observa certeramente John V. Grauman, han existido, en la región, los mayores extremos de urbanidad y ruralidad o sea de contraste entre aglomeraciones cuyo tamaño no se justifica y enorme cantidad de gente que vive dispersa. Todavía más, algunos núcleos administrativos de cierto tamaño (hasta unos 10 mil habitantes) que poseían cierta conformación, se han estagnado y disgregado, por efectos del transporte más rápido y mejor. En su expresión, se han reruralizado. Además, el desplazamiento ha sido cosa de este siglo y, probablemente, de los últimos 20 o 30 años. Así lo revelan con bastante claridad las encuestas practicadas en el Gran Santiago que, por lo demás, reunía el 6 y más del 25 por ciento de los chilenos en los censos de 1885 y de 1952.

La migración ha sido de una magnitud y de una rapidez inigualadas y el tropismo, ejercido por una ciudad, generalmente la capital y no por varias. En parte influyó, seguramente, el sistema colonial de los españoles, para quienes ella tuvo un carácter fundacional, concentró el poder

político y económico y ostentó el cetro intelectual. Conservando terca- mente estos privilegios, se les ha agregado, con el andar del tiempo, la hegemonía comercial e industrial y se han convertido en bombas tremendas de succión, que desangran los territorios. Dan la sensación de que en ella siguieran residiendo los colonizadores y que los demás compatriotas fueran súbditos suyos. Corrientemente albergan dos y más veces el número de habitantes respecto a la urbe que le sigue en importancia.

Se hallan así, en Montevideo, cerca de la mitad de los uruguayos; en Buenos Aires, un tercio de los argentinos; en Santiago, la Habana y Panamá, un cuarto de los chilenos, cubanos y panameños y en Caracas, Lima, San José y Asunción, cerca de un quinto de los venezolanos, peruanos, costarricenses y paraguayos. Sólo hacen excepción a la regla Brasil, Ecuador y Haití. Si existiera en Estados Unidos un régimen semejante al uruguayo, Washington debería contener más de 90 millones de americanos.

Por efectos de esa succión, hay hoy 10 metrópolis con más de un millón de habitantes de las cuales sólo dos (Río de Janeiro y San Pablo) no son ahora asientos de gobierno, en circunstancias que, en 1930, única- mente Buenos Aires se hallaba en esta condición. Todas ellas han estado creciendo a una tasa aproximada de 6 por ciento, de modo que han acaparado 9 millones de los 50 millones que se agregaron entre 1950 y 1960. La expansión ha sido teratológica y las naciones se han hecho macrocefálicas con evidente perjuicio para el progreso.

Por el mismo tropismo y por el éxodo del campo, 25 millones de esos 50 millones fueron a engrosar la población urbana; se duplicaron, en la misma década, Fortaleza y Bello Horizonte y el partido de Matanzas - una de las divisiones administrativas de la media luna que queda con la espalda al Río de la Plata en el Gran Buenos Aires - aumentó en 310 por ciento. El incremento desorbitado de Brasil - de 52 a 71 millones o sea de 36,5 por ciento - se descompuso en 70 por ciento para la población urbana y apenas 1/4 (18 por ciento) para la rural y en Colombia, las tasas respec- tivas de crecimiento fueron de 5 y 10 por ciento. Aquí y en Ecuador, las agrupaciones de 10 mil y más ofrecen un ritmo de 12 por ciento.

Desplazamientos selectivos

Para peor los desplazamientos son marcadamente selectivos. Desde luego los inmigrantes extranjeros determinaron la elefantiasis temprana de Argentina a tal grado que, en 1940, la mitad de los varones mayores de 20 años de Buenos Aires habían nacido fuera del país. Internamente abandonan la aldea los jóvenes y vigorosos, que tienen alguna iniciativa e instrucción, determinando, en el agro, un deterioro cualitativo. Predo- minan las mujeres al punto que en la muestra que Celade recogió, en Santiago, eran ellas 100 por cada 71 hombres y el índice de masculinidad de la población encuestada resultó de 86. De que no dejaron atrás el campo propiamente tal, da cuenta el hecho de que los 2/3 provenían de núcleos de más de 5 mil almas y de aquél, sólo el 13 por ciento, no obstante representar el área rural, eliminada la capital, 50 por ciento de la población, en 1952.

Es de significación enormemente mayor observar que la expansión de nuestras ciudades no guarda relación consistente con el crecimiento de las manufacturas, las acumulaciones de capital y las ganancias en la productividad agrícola; que la tiene inversa con el porcentaje que esos productos manufacturados representan en el doméstico total y relación directa, en cambio, con los individuos activos que se encargan de la producción primaria.

Los cinturones de miseria

Sin embargo, la tragedia mayor reside en la formación de esos tumores monstruosos que se denominan villa miseria, en Buenos Aires; barriadas, en Lima; cantegriles, en Montevideo; vilas de calocas en Puerto Alegre; bidonvilles, en Puerto Príncipe; callampas en Santiago y de otros modos. En estos cinturones de miseria habría ya cerca de 30 millones de moradores en la región.

En las ciudades mayores, el 20 a 30 por ciento ocuparía cobertijos rudimentarios y en las de Colombia, carecerían, entre esos cobertijos, de agua intubada el 42 por ciento y de alcantarillas, el 72.3. En América Latina dispondrían de ese primer servicio, según la Organización de Estados Americanos, apenas 68 millones de individuos urbanos y 23 millones de rurales, o sea bastante menos de la mitad general. Se habrían instalado, entre 1950 y 1960, 21 millones, en tanto que la población creció en 30 millones.

Resultaría largo enunciar los problemas tremendos que crean estos grupos humanos sin estructura orgánica ni cohesión y en que predominan los individuos jóvenes. Constituyen motivo de preocupación preferente para muchos dirigentes, porque son focos de delincuencia, de inquietud política y aún de sedición. Con el nombre de promoción popular se realizan, en Chile, esfuerzos tesoneros de organización de la comunidad. Adolecen del serio defecto de que radican, sin razón de ser, a las gentes donde están y hacen el sitio más atrayente para otras personas. Crece así el tumor y se hace infiltrante. Contribuyen también a exagerar la macrocefalia del país y contrarían la política que podría consistir en la creación de centros de actividad industrial y de otro orden en distintos puntos del territorio, de modo que las naciones crezcan más homogénea y orgánicamente.

Es errado creer que a estos cinturones de miseria se incorpora cantidad importante de los forasteros, que son, por otra parte, mucho más numerosos. Según las investigaciones que Celade realizó en el Gran Santiago, se reparten por la ciudad y, curiosamente, hay proporción algo mayor que remata en el Área Oriente. La forman, principalmente, la cantidad de mujeres que se emplean como domésticas en las casas de las familias pudientes de este sector. En cambio, las callampas contienen buen número de residentes antiguos de la capital, que pertenecen a los niveles más bajos o que la urbe ha rechazado. Se les podría considerar parias. Es hecho sabido que esos forasteros van a engrosar, preferentemente, las ocupaciones de servicios menores y con mínima productividad.

La vivienda

Con crecimiento tan desenfrenado de la población en general y particularmente de la urbana y con el abultamiento de los cinturones de miseria, no sorprende que el panorama de la habitación sea tan desfavorable. Basándose principalmente en el Censo de las Américas, la Unión Panamericana estimó que, hacia 1951, el déficit excedía de 25 millones de unidades, porque sólo la mitad de las existentes llena las condiciones requeridas y porque precisa reemplazar el 80 por ciento de las que ocupa un 85 por ciento de los habitantes. Se podrían restaurar unos 6 millones más. Según Eduardo San Martín, no está incluido en ese déficit la necesidad de procurar techo al enorme grupo de los allegados.

Si se quisiera que tengan habitación propia el 80 por ciento de los moradores de ciudad y el 60 por ciento de los rurales, habría que construir anualmente, - a juicio del doctor Manuel San Miguel, Director Ejecutivo del Banco Mundial - 12.6 y 4.6 viviendas por mil habitantes, respectivamente, con un promedio de 8 por mil. Se agregarían así anualmente 1 850 000 unidades, en la década de 1960 a 1970. Como transcurrió ya una mitad, el esfuerzo debería ser todavía más titánico. Como anota OIT, prevalece aún en el campo el rancho pajizo de origen precolombiano, destartalado, con piso de tierra amojonada y sin higiene ni protección.

No está demás agregar que, según CEPAL, si el crecimiento natural siguiera aumentando y llegara a 3.5 por ciento al año, el grupo urbano de pobreza crónica aumentaría, en unos dos decenios, de un tercio a la mitad. No es probable que alcance a 3.5 por ciento por el peso que significan los países del Cono Sur. Si ese incremento se redujera, en cambio, a un medio, se lograría la absorción completa de dicho grupo marginal en la fuerza de trabajo productora.

AMERICA LATINA, CONGLOMERADO HOMOGENEO

Semejanzas y diferencias

Algunos observadores de calidad sustentan que es erróneo y falaz hablar de América Latina, por cuanto la confrontación de los datos que corresponden a los componentes del nivel de vida y otros muchos revelaría marcada heterogeneidad. Por tanto, no se la podría considerar un verdadero conglomerado. Con la autoridad que acaso le confieren el estudio persistente, sus viajes extensos y repetidos y el privilegio de haber trabajado en distintos continentes, el autor sostiene que dicho conglomerado es más homogéneo que cualquiera de los otros que se reconocen habitualmente. Para apreciar dicha homogeneidad procede tener presente que se trata de un territorio que representa un quinto del planeta y alberga alrededor del 7 por ciento de la humanidad, como también que ha estado sometido prolongadamente a fuerzas disociadoras.

/Durante los

Durante los tres siglos y más que abarcaron la conquista y la colonia, no tuvimos, virtualmente, contacto alguno y no se nos permitieron los intercambios. Después los convenios bilaterales de distinto tipo fomentaron las relaciones con países extranjeros y contrariaron las que pudimos trabar entre nosotros. De modo mucho más radical nos separó la geografía y no es exagerado decir que, antes de la Carretera Panamericana y otras vías modernas de comunicación y, principalmente, antes de que se generalizara el transporte aéreo, fue muy arduo transitar por estos mundos y aún visitarse mutuamente.

Tampoco es exagerado anotar que hay, probablemente, más diferencias entre el norte y el sur de Italia y, en todo caso, entre varios estados de la India y entre el Brasil noreste y meridional, que entre dos naciones nuestras. Casi todas las divergencias que se advierten entre nosotros provienen más bien de que nos hallamos en distintos momentos de la evolución demográfica, social y de otros órdenes que de diversidad con carácter permanente. Ahora que se han roto ya las barreras físicas y los tratos se hacen múltiples y vivos, nos iremos tornando más homogéneos sin necesidad de mezclarnos.

Las estructuras sociales

Parece haber consenso en que nuestra estructura social con estratas rígidas y bastante impermeables opone obstáculo muy serio al curso del progreso y a los empeños por lograr prosperidad. Ha sido enjuiciada con distinta vehemencia; pero nadie ha dejado de criticarla. Sus orígenes han sido explicados de modo bastante plausible. Con vistas a abreviar y simplificar, procede trazar únicamente los rasgos más gruesos. América del Norte fue colonizada por familias que vinieron a establecerse donde gozaran de libertad y holgura. Encontraron una población aborigen que era, a la vez, escasa, rala y primitiva. A la nuestra llegaron conquistadores, que no trajeron mujeres y se mezclaron prontamente con las nativas. Por esta circunstancia y porque tropezaron, en algunas partes, con civilizaciones de entidad, no pudieron prescindir ni menos eliminar los elementos autóctonos. Por el contrario se sirvieron de ellos y como los animaba una apetencia voraz de lucro, se apoderaron de cuanto había a su alcance.

Por el sistema del mayorazgo, los repartimientos y las encomiendas, se configuraron las haciendas, que se extendieron y multiplicaron con la confiscación de los bienes de los jesuitas expulsos. Conforman el rasgo más conspicuo y persistente de nuestro pasado y de nuestro presente. En ellas se ha arraigado, ayer y hoy, la dicotomía precisa y tajante entre una oligarquía dominadora y, a la vez, paternalista y una masa enorme de

desposeídos. De ellas provino, remotamente, la coexistencia de un puñado que disfruta de un patrimonio más o menos ingente y de una vida regalada junto a un grupo numerosísimo que vegeta en condiciones de mera subsistencia y de analfabetismo, ganándose el pan con la fuerza de los músculos. 1/

En fecha tan reciente como 1913, el Presidente del Partido Conservador de Chile afirmó en un discurso que, por ley de Dios, ha de haber unos pocos ricos y muchos pobres y que si se intentara cambiar este estado de cosas, se desencadenarían trastornos muy graves. Porque esos ricos estaban muy bien, no tenían por qué cambiar las cosas. No les convenía y algunos creyeron que el mejoramiento derivaría de que otros pasaran a engrosar sus filas.

La clase media

Para promover el progreso, los ojos y las esperanzas están puestos en las clases medias, apenas incipientes en la mayoría de nuestros países y de apreciable volumen, en algunos. También se las ha enjuiciado con tanta severidad, como para decir que no importa su cantidad, sino su calidad y que ésta deja mucho que desear. En vez de provocar los cambios profundos que requiere la situación, habrían desertado los hombres que se destacaron y asumieron poder político o financiero. Tendrían tendencia irrefrenable a la mimetización y a adoptar la ideología, las costumbres y las actitudes de la oligarquía. Tan temerosos como ella de los movimientos obreros e izquierdistas y del cacareado comunismo, se habrían aliado con las derechas para sofocarlos, buscando el respaldo de la Iglesia y de las fuerzas armadas. Por este mismo terror y también por el de perder la ayuda extranjera, que suele no ser sólo de dinero, sino también militar, habrían renegado de los nacionalismos. Relativamente, esa ayuda habría contribuido, de por sí, a entronizarlos en sus nuevas posiciones y a robustecer los empeños de detener la marejada.

1/ Para referirse a la Inglaterra de su tiempo, Disraeli habló de las dos naciones. De modo mucho más dramático siguen existiendo en cada uno de nuestros territorios. CEPAL lo ha demostrado con profusión de datos. Con un promedio de ingreso personal de 370 dólares para la zona, la mitad de la población percibiría 120 y 5 por ciento de los privilegiados, 2 400 dólares o sea 20 veces más. En Chile el 3 por ciento de los individuos recibe un 25 por ciento del total y el 55 por ciento, que queda al otro extremo, menos del 16 por ciento; para México, El Salvador, Venezuela y Ecuador, serían el tamaño del grupo adinerado y la proporción del ingreso total, respectivamente, 5 y 36 por ciento; 8 y más del 50 por ciento; 15 y 50 por ciento; 1 y 17 por ciento. Las diferencias se ahondan porque los impuestos no son progresivos, sino que tienen carácter regresivo. Se debe principalmente a que los indirectos constituyen algo así como el 60 por ciento de la tributación. La misma dicotomía se percibe en cuanto a tenencia de tierra, vivienda, educación etc. Hay, en verdad, dos naciones en cada una.

/Estas interpretaciones

Estas interpretaciones pueden incurrir en pecados de simpleza y de subjetivismo; pero contienen dosis innegables de verdad. Con exageración deliberada, se decía que ningún jacobino ministro es ministro jacobino y uno ha visto aburguesarse progresivamente algunos partidos de izquierda e inclinarse las banderas reformistas de muchos individuos que accedieron a situaciones prominentes. De ser las cosas así, resulta más fácil explicar la suerte que han corrido muchas enmiendas fundamentales. En principio muchos reconocen que una política de desarrollo económico y social exige introducir, de partida, reformas drásticas en los sistemas impositivos y de tenencia de la tierra. Sólo bajo presión insoportable, se resuelven, en ocasiones, a aprobar leyes, que, apenas por excepción, son suficientemente enérgicas. Porque se sabotea sistemática o mañosamente su puesta en práctica, quedan en el papel o se van ejecutando con dañosa lentitud.

No se puede negar que nuestra estructura social, como casi todas las otras expresiones de nuestra convivencia, está evolucionando en un sentido favorable por los efectos mismos del progreso y por la voluntad tenaz de algunos dirigentes. Aún quienes impugnan con más ahinco esa estructura, le reconocen cierta porosidad. De no poseerla, la habrían destrozado las fuerzas de expansión, en forma parecida a lo que ha acontecido con las castas de India. Sería fácil demostrar que logran ascender por esos poros los que se han beneficiado de la educación. Más todavía, la fuerza de capilaridad parece guardar con ella relación directa y cabal. Entre los universitarios, los técnicos y los obreros calificados se reclutan, con pocas excepciones, quienes logran acceder a un estrato superior.

LA EDUCACION

Logros y retrocesos

Cabe afirmar que, no obstante los esfuerzos titánicos que se han desplegado y los logros alcanzados en tiempos recientes, los hombres están perdiendo las dos batallas en que tienen o deberían tener mayor interés: contra la ignorancia y contra el hambre. Casi todas las naciones han acrecentado la proporción de su producto nacional bruto o de su presupuesto que destinan a educación, hay regiones circunscritas en que se entrega al uso una escuela cada semana y, sin embargo, existen más analfabetos en el mundo hoy que nunca en el pasado y el mero abultamiento de la falange de escolares matriculados suele constituir una conquista falaz. Como anota Marshall Wolfe, oculta una cantidad, acaso creciente, de desertiones. Los expertos parecen haber convenido en que una concurrencia regular a las escuelas primarias que no cubra siquiera cuatro años genera analfabetos funcionales, que pueden hallarse en peores condiciones que los absolutos. Dicha concurrencia regular implica que el año académico incluya, al menos, 200 días y cada uno, cinco horas. Decir que ha de acrecentarse la capacidad de los establecimientos para retener a los educandos suena un tanto declamatorio.

Las deserciones o las muertes académicas - como las llamamos en la Facultad de Medicina - obedecen principalísimamente a una causa económica. Para explicarla basta recordar la anécdota del campesino de India que justificaba su familia de cinco hijos, diciendo que necesitaba cuatro para las distintas faenas y ahora que la educación primaria es obligatoria, un quinto para mandar al colegio. Alguna influencia ejerce la incomprensión o la indiferencia de los padres; pero es insignificante comparada con la que proviene de la urgencia de que el menor trabaje, de la incapacidad para mantenerlo, de las distancias y las dificultades de transporte etc. La imposibilidad de construir locales y de contar con maestros en las cantidades indispensables ha inducido a las autoridades chilenas - como a otras - a implantar dos turnos - uno de mañana y otro de tarde - que, abreviando la jornada de cada alumno primario y echando sobre los hombros de los profesores una carga insoportable, daña seriamente la eficiencia de la tarea docente y fomenta las deserciones.

La manera más simple de estimar el nivel de educación consiste en establecer la proporción de analfabetos entre los mayores de cierta edad, generalmente de 15 años y el número de años de escolaridad que, en promedio, han tenido los adultos. Es tan burda que su empleo sólo se justifica cuando no es posible obtener mejor información. No da idea sobre el tipo y la calidad de la enseñanza y apenas de modo muy indirecto, sobre la magnitud de las deserciones. Se logra cierto refinamiento determinando el número de alumnos matriculados o mejor, que están concurriendo a los establecimientos de los distintos niveles; la razón entre éstos y el número de profesores, la cantidad de dinero que se gasta anualmente en cada uno de ellos; el porcentaje del presupuesto nacional que se asigna a estos propósitos, etc.

Relativamente abundantes, pero incompletos y sin sistematización, los datos revelan que, en América Latina, se ha incurrido en sacrificios importantes para introducir mejoramientos y se los ha conseguido en extensión apreciable. Sin embargo, estamos a distancia cada vez mayor de alcanzar las metas que impone la sociedad moderna y más aún, de satisfacer las exigencias que provienen de nuestro afán de imprimir al desarrollo un curso pujante y rápido. Se debe el distanciamiento a que la ciencia y la técnica han avanzado con tremenda celeridad, a que estamos ascendiendo desde un punto muy bajo y a que no podemos prescindir de la maquinaria que nos legaron nuestros antepasados. Sería menos difícil borrar la pizarra y escribir de nuevo.

El planeo de la educación

Hay dos razones preponderantes para contemplar el futuro con optimismo. Por una parte, se ha difundido la conciencia de que, en cuanto representa el medio más directo y eficaz por el cual una sociedad puede influir la calidad del factor humano, la educación debe tener primera prelación en los programas de desarrollo. De otra, impera la convicción de que es un todo cuyos elementos integrantes no se pueden considerar independientemente. Por esta doble circunstancia exige destinarle recursos

/humanos y

humanos y materiales tan ingentes y tan crecientes, como para ser, virtualmente, ilimitados y como para que sobrepasen, con mucho, de nuestras capacidades. Se ha impuesto así la urgencia perentoria de planearla, tarea que significa buscar una ecuación entre lo deseable y lo posible y un proceso continuo de progresión horizontal y vertical, con los debidos reajustes.

La voluntad de planear ha puesto de relieve deficiencias y defectos cuya corrección debió intentarse hace mucho tiempo. Ninguna falla es más nociva que la escasez extrema de especialistas en educación. Porque prevaleció el concepto de que basta con que los profesores posean ciertos conocimientos y sepan transmitirlos, se descuidó su formación en grado extremo. Del puñado de iluminados que abrazaron esta especialidad sin demanda y con escaso prestigio algunos han de estar todavía dando clases en los liceos o, cuando más, dirigiéndolos. Esa afirmación se basa en el hecho palmario de que el rendimiento pobre de nuestra educación no proviene tanto de la falta de recursos como de los errores de organización y de ejecución. Estructurar un sistema que canalice dichos recursos y evite la dilapidación produciría más beneficios a corto plazo que cualquiera inyección de dinero.

Imperfecciones y derroches

Para apreciar la magnitud del derroche y la gravedad de la ineficiencia, basta repetir que, - según el informe preparado en conjunto por UNESCO, ECLA, la Oficina de Asuntos Sociales de Naciones Unidas y CELADE - no obstante el empuje vigoroso que han dado a la educación nuestros países en los últimos 15 años y, sobre todo, en el último decenio, la elevación de su nivel medio ha sido apenas perceptible. El impulso se aprecia en el porcentaje que se le adjudica en el presupuesto nacional, que constituye la fuente principal de fondos: ha subido de 11 por ciento en 1957 a 23 o más, en el momento actual.

A excepción de Argentina, Colombia y Brasil, que exigen, respectivamente, 7, 5 y 4 años, todos han establecido la educación primaria obligatoria de seis años de duración. Nueve han conseguido incorporar un número de niños de edad escolar equivalente, que excede o apenas queda por debajo del existente en el grupo de 7 a 12 años; 6 tienen más del 70 por ciento y entre los demás, que quedan por debajo, sólo uno se halla en posición realmente desmedrada. El incremento de la educación secundaria ha sido todavía más espectacular y en varias naciones se ha duplicado la matrícula y hoy están registrados en Argentina, Chile y Panamá, el 32, el 27 y el 22 por ciento del grupo de 13 a 18 años. La educación superior ha experimentado también una expansión de mucho significado.

La medalla tiene un reverso muy feo. Ningún país ha logrado disminuir el número absoluto de analfabetos, que se calcula en unos 38 millones. Los porcentajes van desde 13.6 para Argentina a 70 para Guatemala y 89.5 para Haití. Entre 12 y 15 millones de niños no tienen acceso, anualmente, a escuela alguna y de 100 que ingresan a primaria completan el ciclo sólo 10

en Honduras y Nicaragua, menos de 40 en Costa Rica, Uruguay y Venezuela y 46 en Panamá. Para la secundaria los porcentajes van desde 46 en Costa Rica y 31 en Chile a 27 en Panamá. Han recibido preparación específica menos de la mitad de los profesores primarios y de un tercio de los secundarios. Sobre todo en el medio rural, muchos de los establecimientos primarios sólo tienen hasta cuarto grado.

Defectos de calidad

Sería engorroso enunciar los defectos de calidad; interrupción de la continuidad entre los diversos niveles; programas desequilibrados y recargados, al tiempo que con insuficiencias de contenido científico y técnico; repeticiones frecuentes de cursos que estropean los rendimientos y limitan la capacidad de los establecimientos; carencia virtualmente completa de servicios de orientación y para auxilio de los alumnos; relación inconveniente entre el número de éstos y de profesores, que soportan una carga docente en exceso; enseñanza secundaria concebida como preparación para la universidad o para convertirse en empleado etc. Por deficiencias en aplicabilidad práctica, de la enseñanza impartida, la escuela rural suele estar desprovista de incentivo. Como dijo Arciniegas, el campesino no tiene qué leer ni para qué escribir. Suele fomentar, en cambio, el éxodo de población.

Por lo demás, nuestra educación ha sido conservadora, no sólo en sus métodos y sistemas, sino también en cuanto no promueve las transformaciones que requieren nuestras sociedades. Por el contrario fortalece la rigidez y la dicotomía. En las escuelas y particularmente en las de niveles superiores, hay proporción considerable y anormal de hijos de familias con ingresos altos. Además de anacrónico, es dañino mantener gratuita la educación universitaria. Conduce a que de ella beneficien esos mismos adinerados, porque sus padres pueden subvenir a sus gastos y prescindir de su trabajo. Deberían éstos pagar derechos grandes de matrícula y disfrutar los otros de becas de monto suficiente.

Entendida como el conjunto de las piezas que la forman, la armadura de nuestra educación es tan imperfecta que no necesitamos, al menos, preguntarnos cuál será la relación entre el producto y la inversión. Sin repararla y ampliarla, no hay posibilidad alguna de dar impulso energético a nuestro desarrollo y bien podemos seguir profesando que "la educación posee el más alto multiplicador económico, social y cultural". Así reza la Declaración de Santiago que emitió, en 1962, la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina. Ninguna inversión puede ser excesiva, su monto está condicionado sólo por las posibilidades y el problema es de mera estrategia: se trata de resolver cómo y dónde se dan las batallas.

ALIMENTACION

Empeora el panorama mundial

En la historia milenaria de la agricultura nunca se dio antes el caso de un país, como Estados Unidos, que, incrementando su producción de granos, desde hace más de un decenio, a una tasa anual de 4.8 por ciento, la duplicará en un lapso de 15 años; que procura a su población una dieta tan rica, en cantidad y calidad, como para estar generando problemas diversos de sobrealimentación; que paga a los hacendados para que no siembren tanto y obtiene un superávit que sus bodegas colosales no alcanzan a almacenar. Lo distribuye pródigamente por el planeta, a título gratuito o de evidente concesión. Tampoco se dio antes otro caso como el de Dinamarca, en que el trabajo de un hombre alimenta a 20 y a 200, el kilómetro cuadrado de tierra cultivable que labran 10 individuos. Resultan así provistos, a nivel muy satisfactorio, sus 4.4 millones de habitantes y 3.6 millones en el extranjero. No son mucho menos sorprendentes los ejemplos que ofrecen Australia y Canadá, Gran Bretaña, Francia, Holanda y el Japón.

No son óbice para que, según afirmación perentoria del doctor Binay R. Sen, Director General de FAO, se está ensanchando la brecha entre el suministro de alimentos y el crecimiento de población y de no estabilizarse ésta y no adoptarse medidas revolucionarias para acrecentar ingentemente aquél, se cierne sobre la humanidad la amenaza de desastres de magnitud sin precedentes. No es un peligro remoto: los años que restan de este siglo constituyen el período crítico.

Para probar que se ensancha esa brecha, basta anotar que, en el último quinquenio - 1959-60 a 1963-64, - aumentaron los habitantes en 11.5 por ciento y la producción de alimentos, en 6.5 ocasionando una retracción del suministro per cápita de cerca de 4.5 por ciento. Aunque tenga éxito el programa de gran envergadura - que han concertado NU y FAO - para aumentar ingentemente - Campaña contra el Hambre - dicha producción, las ganancias sólo servirán para dar tiempo a la humanidad para que regule sus nacimientos y los ponga a ritmo que puedan seguir los rendimientos agropecuarios.

Mientras tanto, "la humanidad sumergida" de Asia, Africa y América Latina, que exportaba anualmente, hacia el fin de la década de 1930, 11 millones de toneladas de grano, se ha convertido en importadora. El volumen de las importaciones anuales subió de 4 a 13 millones de toneladas entre el principio de la década de 1940 y 1960 y alcanzó a 25 millones, en 1964. Por si sola China comunista estaría obteniendo, anualmente, 5 o 6 millones de toneladas de trigo en el mercado internacional y a la adquisición de alimentos y abonos destinaría cerca del 40 por ciento del dinero que proviene de sus ventas al exterior. A partir de 1963 la Unión Soviética se convirtió en comprador todavía más ingente.

La agricultura debería tener prelación alta

En América Latina se advierte una corriente caudalosa de opinión en el sentido de que se habría incurrido en un error grave al colocar en lugar secundario el fomento de la agricultura. A él se debería la situación desmedrada en que hoy se halla. Además de que vive de ella una mayoría de la población de nuestros países, su desarrollo condiciona el progreso de los otros sectores de la economía. Corregir el estado de cosas y dar al agro impulso fuerte merece, después de la educación, preferencia manifiesta. La equivocación pudo provenir de dos conceptos también errados. De una parte muchos creyeron que la industrialización - como se ha dado en llamarla - constituía una especie de panacea, como también el mecanismo más eficaz para producir prontamente una elevación de los niveles de vida. Por otra, los rendimientos de la tierra parecían crecer de manera tan pujante que no se creyó justificado conceder a este rubro mayor preocupación. En verdad estos incrementos traducían la recuperación del marasmo y la desarticulación que acarreó la Segunda Guerra Mundial. Así se explica que hayan resultado burdamente optimistas las predicciones que se basaron en esta conducta, o sea que se limitaron a extrapolar los datos correspondientes a los años finales de la década de 1950.

En verdad el rendimiento per cápita ha disminuído, en América Latina, en un 6 por ciento, desde 1958, que fue el año mejor de la postguerra. No es de sorprender, puesto que aun las naciones con agriculturas más avanzadas afrontarían dificultades graves para mantener siquiera ese rendimiento, si sus poblaciones aumentaran a la velocidad de las nuestras. Tomemos tres ejemplos. Estados Unidos ha incrementado anualmente su producción de trigo en 2.7 por ciento; Francia en 2.3; y Japón, la de arroz, en 1 por ciento. Naturalmente todos estos valores se habrían hecho negativos si sus crecimientos demográficos fueran del orden del 3 por ciento, como los nuestros. Tampoco sorprende que, a pesar de que en cuatro países nuestros los habitantes reciben una ración calórica que no alcanza a 2 200 al día y en la mayoría apenas excede de 2 500, las importaciones agropecuarias constituyan peso abrumador para algunas economías y tengan tendencia progresiva. Varios gobiernos se han visto obligados a restringir el consumo de carne y de otros productos y a establecer sistemas de racionamiento.

Se ha comentado en demasía la condición deplorable del régimen de tenencia como para que valga la pena insistir. Basta citar la información que da Hugo Jordán. Unas cien mil personas poseerían 471 millones de hectáreas, o sea el 65 por ciento de la superficie agrícola bajo dominio privado, unos dos millones serían empresarios medianos y cerca de 30 millones, minifundistas o trabajadores sin tierra. De la población total algo más del 50 por ciento vive en el campo; pero las proporciones van desde 87 por ciento para Haití a 18 por ciento para Uruguay y se advierte una relación indirecta y bastante sistemática entre el monto de esta proporción y los niveles de vida. Diversos estudios han demostrado que los ingresos del campesino son considerablemente inferiores a los del obrero de ciudad y que sus tasas de analfabetismo son más de dobles y en

un caso, cuatro veces superiores. Anomalías tan extremas son más que suficientes para explicar el estado deplorable en que se encuentra nuestro agro.

El despegue en la agricultura

Es obvio que existen, fundamentalmente, dos maneras de impulsar esta producción: aumentar el rendimiento por unidad de superficie y por trabajador en la zona explotada o extenderla. La primera ofrecería ventajas muy considerables. Más aún, investigaciones recientes sugieren fuertemente que, como en la economía, habría en esta esfera, un punto de despegue después del cual los rendimientos seguirían aumentando persistente y más o menos automáticamente. Entre otros países, habría ocurrido así en Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y Australia. Con acopio de datos, lo prueba fehacientemente Lester R. Brown.

También como en economía, habría, para lograr ese desideratum, condiciones previas o propiciatorias. Esquivando los detalles, se requerirían un cierto nivel de ingresos per cápita, de alfabetismo y de suficiencia en el sector no agrícola. Se requerirían, además, incentivos adecuados que consisten, esencialmente, en que el campesino obtenga cosechas mayores de las que exige la mera subsistencia del grupo familiar para entregar al mercado y por las cuales obtenga retribución directa y equitativa. El incumplimiento de este último requisito explicaría el éxito relativamente precario que han alcanzado las granjas colectivas y estatales de la Unión Soviética. Naturalmente es menor todavía para los latifundios, porque los beneficios rematan en el bolsillo del patrón.

Para abreviar, anotemos solamente que, en el período entre la preguerra y 1960-62, han conseguido aumentos de rendimiento promedio por año de 0.2 por ciento, los países con ingresos per cápita debajo de 200 dólares; de 1 por ciento, para ingresos entre 200 y 1 000 y de 2.2 por ciento, cuando éstos exceden de dicha cantidad. Del mismo modo, los incrementos son, respectivamente, de 0.2 de 1.1 y de 1.4 por ciento para niveles de alfabetismo debajo de 50, entre 50 y 80 por ciento y por encima de este porcentaje.

Evidentemente, se precisa cierto volumen de renta personal para comprar un arado, abonos y pesticidas (insecticidas, herbicidas y fungicidas) y para disponer de dinero, ha de haber un remanente que vender y un mercado que lo compre. Experiencias reiteradas demuestran palmariamente que para aprender y asimilar cualquiera de las innovaciones que han revolucionado la agricultura y para no olvidarlas prontamente, el agricultor debe saber leer y aun ser alfabeto de cierta data. Por transmisión oral hasta las ideas sencillas se deforman y no llegan lejos, desde los sitios de investigación y ensayo.

Para la agricultura de extensión importa menos la suficiencia del sector no agrícola; en la intensiva, se necesita una variedad de artículos y de servicios, que van desde los insumos de capital, como esos abonos y

/pesticidas, hasta

pesticidas, hasta la investigación, el crédito y el transporte. Todavía más, no bastan los bueyes para la siembra en profundidad, se requieren tractores y equipo pesado, como también proyectores a presión para la aplicación de algunos pesticidas.

Satisfechos estos diversos requerimientos, sobrevendría un momento en que la producción aumenta substancialmente y en que el incremento sigue creciendo, sostenida y casi automáticamente. Para que el proceso se convierta, de veras, en automático, la sociedad debe sacarle partido y robustecerlo. Ya veremos cuáles son las características de tal sociedad. Si este planteamiento tan plausible tiene plena validez, parece obvio, por una parte, que no ha de pensarse en conquistar los espacios baldíos, sino en el grado en que este esfuerzo no contraríe el más fructífero de intensificar la explotación del ecúmene actual y, por otra, que precisa atacar al bastión por distintos frentes.

ECONOMIA

El despegue de Rostow

Conviene tener una idea de la tesis formulada por W.W. Rostow, cuya formulación cabal es demasiado compleja. Dice él que la historia de la economía, al igual que la de toda otra actividad humana, es una tela inconsútil. Como la túnica de Cristo, no tiene costuras y es difícil distinguir claramente los períodos por los cuales ha atravesado. Parece existir, sin embargo, uno muy largo, que puede prolongarse un siglo y más, durante el cual el progreso es muy paulatino y se crean las condiciones que llama previas o facilitadoras. En un momento dado se produce, en el plazo de dos o tres décadas, el despegue (take-off) a partir del cual la tasa de ahorro e inversiones crece de tal modo como para aumentar considerablemente el rendimiento per cápita. Ambos acarrear cambios radicales en las técnicas de producción y en el flujo de los ingresos, perpetuando dichos fenómenos en forma que los mejoramientos se hacen progresivos y más o menos automáticos. Esas innovaciones en los métodos de producción y el encauzamiento de los ingresos hacia inversiones rendidoras, como también el aprovechamiento de las potencialidades de la economía internacional, requieren la existencia de un grupo de hombres con voluntad y autoridad para introducir las y difundirlas y una sociedad, dispuesta a perpetuar dichas innovaciones.

Además de este tipo de sociedad y de esos hombres dispuestos a asumir responsabilidades crecientes, precisa que, previamente, la tasa de inversión productiva haya excedido del 10 por ciento del ingreso nacional y que uno o más sectores manufactureros de importancia hayan adquirido ya impulso. El desprendimiento es detonado, en su expresión, por un estímulo intenso, como una revolución política, que altere el equilibrio del poder, el carácter de las instituciones, la distribución de ingresos y la propensión a las innovaciones; pueden impulsarlo las innovaciones mismas o un nuevo ambiente internacional que favorezca la apertura de un mercado o lo cierre, como en un bloqueo. En este segundo caso, emerge la necesidad de sustituir las importaciones por manufacturas nacionales.

/Conviene estudiar

Conviene estudiar la concepción de Rostow con prolijidad, no sólo por su interés intrínseco, sino también por su aplicación a la América Latina. Puede que nuestros países sigan en el estado de crisálida y no hayan emprendido el vuelo, porque el crecimiento desorbitado de la población impide la elevación de los niveles de ingreso per cápita o porque la estructura rígida de nuestras sociedades no propicie el surgimiento de ese grupo voluntarioso y con autoridad ni le confiere, además, aptitud para asir los impulsos y perpetuarlos.

Evolución reciente de la economía

Quienquiera lea la publicación de Naciones Unidas sobre El Desarrollo Económico de América Latina en la Post Guerra recibe una impresión sobradamente pesimista. Con acopio de datos y evidente competencia presenta un cuadro que conviene resumir apretadamente. Además de que el crecimiento de la economía no fue sostenido, habría iniciado, a poco de terminar la Segunda Guerra Mundial, un proceso de decaimiento de dicho ascenso, que tendió a generalizarse, a partir de 1955. Indujo a muchos países al estancamiento y a algunos, a una disminución del monto absoluto de los ingresos reales per cápita. El aumento del producto interno que fue, al principio, de 5.7 por ciento al año, se redujo, sucesivamente, a 4.7 y a 4.3 por ciento. Aún el ritmo de 6 por ciento con que acreció la industria manufacturera no sería tan importante, puesto que partió de un nivel muy bajo y ha sido mayor en otras regiones. Como el incremento de la producción agropecuaria fue apenas de 3.5 por ciento, no logró satisfacer las demandas de exportación y de consumo interno, con manifiesto entorpecimiento del proceso global. Porque han bajado los precios de exportación y los de importación se han mantenido o se ha elevado, recrudesció el desequilibrio de las balanzas de pago y el déficit se abultó unas nueve veces.

El aumento del producto por habitante, que alcanzó en un decenio, a más de un 25 por ciento, fue sólo de 40 por ciento, en los últimos 16 años. De los individuos que se incorporaron a la fuerza de trabajo, cerca del 40 por ciento se empleó en el comercio, el gobierno y otros servicios, actividades de poca productividad o cuyos beneficios se dejan sentir a largo plazo (educación, salubridad etc.). No es de sorprender pues, que el producto interno por persona se haya estancado o sufrido merma. No obstante el abultamiento de la inversión externa y la utilización de otras fuentes de financiamiento no mejoró el coeficiente respectivo, porque el ahorro interno se deprimió en sus magnitudes relativas, a consecuencia del deterioro de la relación de intercambio.

Como anota certeramente J.A. Mayobre en comunicación reciente, resulta peliagudo discernir el papel que en desarrollo tan precario ha jugado el proceso demográfico, porque se afrontan antagónicamente las posiciones ideológicas de los analistas. Con un dejo de exageración se puede decir que se han agrupado en dos campos diferentes y asumido actitud tan polémica como para dar impresión de que contemplaran los hechos a la luz de la convicción que han adquirido ya. Aún aceptando que sea así,

no se justifica, ciertamente, que un personero oficial de la jerarquía católica haya acusado a los que disienten de la opinión de esta Iglesia de presentar, al público y aun a los políticos, simplificaciones que perturban la opinión.

Las dos interpretaciones en pugna consisten, respectivamente, en sostener que los incrementos económicos, porque los englute la avalancha de individuos que se incorporan a la colectividad, no elevan los niveles de vida; disminuir el volumen de esta invasión constituye, por tanto, requisito indispensable para el progreso. A los otros no inquieta el crecimiento veloz de la población que, en el pasado, ha solido coincidir con períodos de bonanza, porque hay abundancia de recursos y porque sería factible, de todos modos, impulsar considerablemente la economía. El autor confiesa pertenecer al primer grupo; pero reconoce que los fenómenos son demasiado complejos y cambiantes como para poder reducirlos a una fórmula simple que relacione la evolución demográfica con el comportamiento de los niveles de vida.

Pretendida similitud con fase preindustrial de países desarrollados

En el caso particular de América Latina, ocurre que Brasil, México y Venezuela, los tres países que, últimamente, han logrado incrementos mayores en los ingresos per cápita tienen también tasas de crecimiento de población bastante superiores al promedio de la región. A la inversa, Argentina, Chile y Uruguay se encuentran, en cierto modo, al otro extremo del espectro. Se ha querido ver en estos hechos una repetición de lo que sucedió en algunas naciones hoy avanzadas, cuando se hallaban en fases incipientes de su industrialización. En aquel entonces las expansiones y retracciones económicas solían coincidir con aumentos más rápidos y más lentos de población, pero no hay similitud alguna entre las condiciones porque atravesaban, a la sazón, esos países con la que hoy ofrecen los nuestros. Dichos aumentos no fueron ni por un instante, parecidos a los nuestros ni alcanzaron, prolongadamente, siquiera a la mitad; además, decayeron después, paulatina e independientemente, de las fluctuaciones de la economía.

En contraste se pueden exhibir algunas comprobaciones incontrovertibles. La tasa de crecimiento demográfico que, según vimos, se ha elevado progresivamente en años recientes y, con probabilidad, no ha alcanzado su máximo, es ya de 3 por ciento al año. Como el ingreso real aumentó anualmente a razón de 4.8 por ciento en 1950-55; de 4.3 por ciento en 1955-60 y de 3.5 en 1960-63, el incremento anual de ingreso per cápita declinó, en el período, desde 1.9 a 0.65. Si nuestra población aumentara - agrega el señor Mayobre - a una tasa de 0.8 por ciento - como la de Europa Occidental - y se recobraran las ganancias que se lograban en 1950-55, la región podría duplicar su ingreso per cápita en 17 años o sea en la mitad del tiempo que ha de requerirse, si se mantiene la fertilidad actual. Con ella deberíamos, para mantener el nivel actual de ingresos, dedicar a inversión una proporción 3.5 veces mayor que los europeos, si se acepta una relación constante entre el capital invertido y el producto.

/A propósito

A propósito de esa pretendida similitud, no huelga recordar que, en la fase preindustrial los países hoy avanzados tenían poblaciones muy pequeñas. Basta pensar que era de unos 7 millones la de Inglaterra y Gales, en 1770 y de menos de 20 millones la de Estados Unidos, en 1840. Entre nosotros varios tienen ya más de 10 millones; Brasil, 81 millones; México, 42 millones, y Argentina, 23 millones. Los europeos crecían entonces un 10 por ciento en la década, frente a 20 por ciento y más, que es el aumento registrado, en general, para nuestras naciones. A mayor abundamiento, este último incremento es, en mayor medida, debido a tasas crudas de fertilidad muy alta, en tanto que las suyas habían disminuido ya a 30 o 35 por mil. El desahogo de las emigraciones en gran escala les permitió desparramarse por el planeta y lo que es de importancia no menor, ya habían logrado, en esa época, un grado de progreso tecnológico considerablemente mayor que el resto del mundo, al que podían explotar para su beneficio. Se calcula que, entre 1800 y 1950, migraron 67 millones de individuos y que, de ellos, 60 millones provenían de Europa.

Hay, pues, diferencias cardinales entre la situación de los países desarrollados durante su fase preindustrial y de los nuestros, en el momento actual. Se podría acaso allegar otro argumento. Como se ha ensanchado, en muchos sentidos, esa diferencia, se ha agregado, a lo largo del tiempo, nuevas dificultades. La prosperidad de Europa, de Estados Unidos y de otras regiones ha disminuido apreciablemente el incentivo de invertir o de avocindarse en los nuestros.

FRENACION DE LAS POBLACIONES DE OTROS ANIMALES

Numerus clausus

Como revisten extraordinario interés, procede referirse a las observaciones que están recogiendo los especialistas en ciencias de la conducta entre los seres que calificamos altaneramente de irracionales. Deberían inducir a la meditación a quienes sustenten de buena fe que el control deliberado de la natalidad atenta contra la naturaleza. Precisamente, ella se encarga de imponer dicho control y nosotros somos quienes le torcemos la mano. Se sabe que, en el pasado, todas las poblaciones estuvieron sometidas a los frenos que Malthus denominó positivos. Cuando se expandían hasta agotar los recursos, se detenía el crecimiento o las arrasaban las epidemias, las hambrunas, las guerras y otros siniestros. El hombre no escapaba a esta condena y en otra parte, hemos descrito la rueda de la melancolía. A que se eliminaran, en alto grado, esos estragos se debe que se hayan salido de cauce. Se sabía también que, cuando disponen de alimentos en abundancia, los ratones se multiplican prodigiosamente hasta terminarlos y entonces, sobrevienen grandes mortandades, y aun que los roedores circumpolares del género lemmus emprenden, cuando han proliferado en demasía, peregrinaciones ordenadas y en masa hacia las costas y se internan en el mar para ahogarse.

/Ultimamente hemos

Ultimamente hemos aprendido que muchas especies ponen en juego diversos mecanismos de regulación. A intervalos se concentra en las riberas de Terranova cantidad inverosímil de pájaros bobos que ponen en las rocas sus nidos, uno junto a otro. Se diría que va a estallar una bomba de población. V.C. Wynne-Edwards, Profesor de la Universidad de Aberdeen, ha verificado que sólo las aves que logran instalarse en los lugares más empinados se dedican a empollar. Una tradición ancestral de conducta traza, con tremenda eficacia, un límite imaginario más allá del cual rige una veda sexual aparentemente implacable. Sin impedimento físico, "las vírgenes obligadas" y "los solteros involuntarios" renuncian a la procreación, salvo que haya bajas en la colonia privilegiada que ellos pasan entonces a compensar. Se diría que, como muchos otros animales, tienen numerus clausus y de este modo hay, en todo momento, cantidad suficiente de peces que atrapar. No han esperado, pues, a que escaseen y adoptado una política de población para evitar el hambre de mañana. También funcionaría "una guillotina social" entre los pingüinos, petreles, focas, etc.

En el Instituto Nacional de Salud Mental de Estados Unidos, Calhoun ha verificado que cuando la densidad en la jaula sobrepasa cierto límite y aunque haya alimentos en profusión, las ratas, domésticas o salvajes, los acaparan, los esconden y defienden con la vida; además, los machos se tornan homosexuales y las hembras se desentienden de sus crías y aun las devoran. Proyectan éstas un olor, que, en concentración adecuada, contraría el desarrollo de los órganos genitales. Lo neutraliza otro olor del macho, siempre que sea "el marido". La infidelidad de los progenitores es letal para los hijos nonatos y la promiscuidad, propia de las comunidades desorganizadas. Acaso la tensión que genera el hacinamiento basta para explicar estos fenómenos psicológicos y fisiológicos. No sólo la densidad sino también las condiciones del ambiente físico regulan la fecundidad de los conejos australianos. En épocas de sequía copulan menos, disminuyen la producción de espermios y de óvulos y el número de hijuelos en cada camada, se retrasa la madurez sexual en los jóvenes y aumentan los abortos y la "mortalidad materna e infantil". Todos estos procesos revierten apenas caen las primeras lluvias.

Habitantes versus recursos

Cuando van siendo demasiados para la harina de que disponen, los escarabajos molineros eliminan en la deposición una substancia que atenúa la fertilidad, prolonga el período larval y, por fin, desencadena el canibalismo de los huevos. Una variedad de avispas procrea de modo tan colosal como para arrasar completamente los bosques de pino y formar nubes. Vuelan ambos sexos, en amable compañía; pero no se interesan uno por el otro. Vuelven a aficionarse entusiastamente por "el matrimonio" cuando la merma de individuos alcanza a un 95 por ciento o algo así. Desde los hipópotos hasta los grillos defienden su territorio. Cuando abundan mucho

los venados y resulta así estrecho el dominio de cada cual, los machos no pueden conceder espacio vital (Lebensraum) a los forasteros y hasta se ven forzados a echar de la comunidad a sus congéneres más débiles que, probablemente, se extinguirán fuera de la floresta. Los ejemplos podrían multiplicarse.

No huelga reiterar que los seres irracionales parecen tener numerus clausus que les induce a adoptar medidas antes de que sobrevenga el desastre. Sólo el hombre, la langosta, algunas mariposas y varios gorgojos dañinos para el reino vegetal se mantienen en ánimo de multiplicarse indefinidamente, cualesquiera sean las devastaciones que ocasionen. A excepción de las vacas sagradas, los perros callejeros y otros infelices en domesticidad, los animales no sufren el hambre y la subnutrición que prevalecen en las masas humanas del mundo sumergido, salvo en los períodos de penuria: frío inusitado, inundaciones, sequías etc.

En las civilizaciones primitivas del pasado y aun de hoy, se registran tabús sexuales que obligan a la abstinencia en determinadas fechas y períodos - como el mes del ramadán - y a las madres nodrizas, en circunstancias que el amamantamiento suele prolongarse tres años. Tampoco fueron excepcionales el infanticidio y los abortos. Puesto que nos hemos desprendido de esas costumbres bárbaras, se pregunta Wynne-Edwards, ¿no habrá llegado el momento de poner realmente en práctica los métodos reguladores de la concepción, tan efectivos y humanos, con que se cuenta hoy, antes que nos aplaste el alud de población o que caiga "el hacha" de la selección de grupos?

La revolución de expectativas surgentes

Hoy por hoy están de gran moda la palabra y el concepto de revolución. Se la reconoce en demografía, en los conocimientos, la ciencia y la técnica y en otros mil aspectos de la vida contemporánea. Ninguna es más perceptible ni tiene más fuerza dinámica que la revolución de expectativas surgentes o en ascenso, según la expresión que originó Cleveland y echó a rodar Adlai Stevenson. El aserto no es hiperbólico ni tampoco lo es afirmar que, en ninguna región mayor del globo, se deja sentir con mayor pujanza que en América Latina. A que ocurra así debe haber contribuido la convicción de que deberíamos estar mucho mejor. Hace tanto tiempo a que se habla de que es el territorio del porvenir y a que se ponderan los recursos de que disponemos que la imagen de El Dorado se halla siempre presente en nuestras mentes. Porque están tan próximos, no podemos eludir la comparación con Estados Unidos y Canadá. La proximidad de los colosos, - que, por otra parte, son, históricamente, más jóvenes - hace patente y doloroso el efecto de demostración de que habló Duesenberry.

Sea como fuere, casi nadie quiere ya, en estos mundos, quedarse como está y las ansias de mejoramiento son realmente frenéticas. Se ha destacado la miseria del campo y los campesinos huyen de él en números crecientes o reclaman desaforadamente que se les incorpore a la civilización. Con sobrada razón, se nos acusó, en el pasado, de caudillismo. En verdad hemos

/tenido dictadores

tenido dictadores que se perpetuaron en el poder y aun que lo legaron por herencia. A ese personalismo ambicioso se puede atribuir casi todos los disturbios de otros tiempos. No sería difícil demostrar que los actuales, como también la inquietud política que prevalece en todas partes, se deben ahora, esencialmente, a los afanes por elevar los niveles de vida, pronta y substancialmente. De virtud, la resignación se ha convertido en signo de inferioridad.

Aparte los beneficios que, por sí mismo, importa esta efervescencia, ha traído otras dos consecuencias, también positivas. Desde luego, estamos enjuiciando nuestra estructura social, nuestras instituciones, actitudes y maneras de proceder con una severidad que es excesiva; pero que constituye fuerte acicate para el cambio. Además, está cundiendo la fiebre de planeo. Como han apuntado varios, nadie lo considera ya propio de los regímenes socialistas, exclusivamente.

Hasta hace poco, los ministros de educación o de hacienda se limitaban a tomar una que otra medida y casi ninguna, los de agricultura e industrias. Parecían encargados de vigilar o presidir el curso de los acontecimientos. Sin desconocer que hubo algunas reformas enérgicas en el agro y aun en la educación, no es exagerado decir que obedecieron a impulsos visionarios. Sólo últimamente se advierte la preocupación por recoger y compulsar los datos pertinentes, por preparar el personal requerido, por considerar el desarrollo como un proceso cuyos componentes no se pueden separar y se influyen recíprocamente de distintas maneras y que requiere ajustes sucesivos. En estos acontecimientos recientes se cifran las mejores esperanzas de progreso rápido y efectivo.

Preocupación reciente por el crecimiento de población

No se nos puede reprochar porque en estos proyectos no se haya considerado el problema demográfico. Lleras Camargo, estadista cumbre, ha tenido el coraje intelectual y moral de andar proclamando, a los cuatro vientos, que, habiendo dedicado su vida al servicio público, se dió cuenta, tardíamente, de que luchó buena parte de su tiempo contra dificultades cuyas auténticas causas no logró precisar con exactitud ni oportunidad. El ilustre colombiano inculpa, en buena medida, al crecimiento desaforado de la población por la inestabilidad política, la dislocación social, la inquietud y la alarma, como también por la frustración de los conductores y la desesperanza de las masas, que se advierten en estos territorios. Siendo Presidente, Eisenhower declaró, en diciembre de 1959, que los programas de su gobierno no contendrían doctrina positiva en materia de control de la natalidad, porque no es de su incumbencia. Ahora está participando, con mucho ahinco, en estas actividades y afirmó que la explosión demográfica se ha convertido en uno de los asuntos críticos del mundo en nuestro tiempo, amenaza ahogar los progresos económicos de muchas naciones y pone en peligro los afanes del mundo libre por obtener paz y seguridad. Hay que desplegar - agregó - esfuerzos mucho mayores, tanto públicos como privados, para detener dicha explosión.

/Cual más

Cual más cual menos, lo mismo ha ocurrido a muchos dirigentes. Hace apenas dos años, FAO cambió su actitud de dos decenios y está señalando - como vimos - los desastres que pueden sobrevenir en años próximos. El cambio obedece a la convicción de que no basta con aumentar la producción de alimentos. Sólo en febrero de 1965, el Secretario General de NU expresó que, en sus trabajos y en los de sus agencias especializadas, han de incluirse la política de población y los programas nacionales de acción. Todavía OMS se propone reducir su papel a las investigaciones de reproducción humana. No hace mucho que ECOSOC, ECAFE y CEPAL están tocando asimismo campanas de alarma.

En diciembre pasado, Perú creó, por Decreto Supremo, un Centro de Estudios de estas materias, porque reconoce relación estrecha entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico. También ha habido pronunciamientos oficiales de Colombia, en el sentido de que aun los índices básicos de economía que han mejorado, no guardaron ritmo con el aumento de población; de Guatemala, en el sentido de que ese desarrollo no ha sido suficiente para afrontar este crecimiento y de Panamá, que dicho crecimiento no se ha acompañado de los cambios económicos que determinen incrementos suficientes del ingreso per cápita. Al menos para los latinoamericanos, se comprende que hayan reaccionado ahora, puesto que el fenómeno es de data tan cercana y nos tomó tan de sorpresa. De todos modos se abulta y se torna más vocal, por momentos, el concierto de opiniones. Los disidentes son tan pocos y sus argumentos tan inconsistentes que se justifica prescindir de ellos.

Política de población

Por lo demás, pocas naciones han puesto en práctica o formulado siquiera una política de población, en circunstancias que también para muchas el problema demográfico reviste gravedad considerablemente mayor. La tiene, evidentemente, para el Asia suroriental y dondequiera se estreche la relación entre habitantes y recursos naturales hasta márgenes peligrosos. Nuestro caso es muy distinto y exige una aclaración precisa. Para tomar dos ejemplos que el autor conoce relativamente bien, la indigencia del indostánico y del pakistano no ofrece similitud alguna con nuestra pobreza, salvo en cuanto ellos y nosotros tenemos que sofrenar el crecimiento de población. Nuestra pobreza se parece a la del millonario que tiene sus dineros en una caja fuerte y forcejea por abrirla.

Los datos y las observaciones muy abundantes y dignos de crédito que han exhibido los expertos en educación, economía, agricultura y en otras disciplinas configuran una lección bastante clara. Se la explica al vulgo, diciendo que se les da a los que tienen y que la maldición del pobre es su pobreza. Parece evidente que para impulsar el proceso o para detonar el despegue, como diría Rostow, se requiere que el producto nacional bruto haya alcanzado cierto volumen, los ingresos se distribuyan con alguna equidad y que el alfabetismo y la educación hayan alcanzado también niveles satisfactorios. Se trata, pues, de llenar estos requisitos. Para conseguirlo precisa, evidentemente, modificar la estructura social

/e introducir

e introducir reformas profundas en los sistemas impositivo y de tenencia de la tierra. Incuestionablemente hay que sustraer el exceso de renta de que disfrutaban los acaudalados y que se suele destinar a gastos suntuarios al mero empozamiento estéril para encauzarlos hacia la formación de capitales que rinda efectivamente. Tampoco es discutible que el predominio de latifundios y minifundios no permite constituir empresas agrícolas de verdadera eficacia productiva que se requiere educar y transformar las estructuras sociales. Sin embargo el aumento desenfrenado de población opone el obstáculo más formidable de todos.

El control de natalidad

No lo han entendido así muchos dirigentes y políticos; pero sí el hombre de la calle y sobre todo, la mujer. Lo revela claramente su actitud frente al control de la natalidad. Varios estudios parciales han demostrado que una mayoría substancial de las mujeres (unas 4 de cada 5) desea que existan estos servicios y que se pongan los agentes anticoncepcionales al alcance de quienes quieran usarlos. Como motivo para emplearlos, señalan, ante todo, el económico y, después, la salud. Todavía más, ese 20 por ciento que rechaza toda forma de anticoncepción, reconoce que está inspirado por móviles religiosos. Sin embargo, las encuestas de Tabah y Samuel, entre otras, revelan que estas personas lo practican en proporción parecida a las demás de su grupo social. Se trata, pues, de una resistencia meramente ideológica o, como expresarían los psicólogos, la persistencia de un estereotipo. Los consultorios que con este propósito se han instalado en Santiago y en diversas ciudades de provincia están abarrotados de clientela y la imposibilidad actual de atender cantidad mayor obliga a trabajar en silencio. Queda así mucha gente sin recibir sus beneficios.

La plaga de los abortos es tan considerable como para que, según algunos estudios, se interrumpa artificialmente una de cada tres gestaciones entre esposas legítimas y uno de cada dos, en las consensuales; además, que se haya considerado la interrupción en uno de cada cinco embarazos que llegaron a término. Se ha establecido, más allá de toda duda, que constituyen una forma de control de natalidad para quienes no conocen otra o fracasaron con los procedimientos, ordinariamente ineficaces y aún absurdos, que estuvieron utilizando. Lo prueban la verificación reiterada de que recurre a este procedimiento cruento proporción considerablemente mayor - aún doble - de casadas que de solteras y las declaraciones expresas de centenares de mujeres. Nadie podrá detener ya esa demanda social, que es urgente y angustiada y está extendiéndose como un reguero de pólvora.

No basta con poner los agentes a fácil alcance del público. Hay que educarlo. Para ilustrar el punto, cabe repetir una anécdota auténtica. La sirvienta de una señora que usaba sistemáticamente progestágenos compraba, con toda regularidad, "una píldora" para tomar en cada día de salida. Sabía a qué lo iba a dedicar. Por una parte, revela ignorancia peligrosa del empleo de un procedimiento y por otra, el

egoísmo de la patrona que estaba, ella misma, satisfaciendo igual necesidad. Alguien ha propuesto que enseñen las nociones de planeo de familia el sacerdote o el oficial del registro civil en el momento del matrimonio. Puede ser exagerado; pero, en todo caso, no hay duda de que ellas deberían formar parte de la educación para la vida y adquirirse al comienzo mismo de la vida sexual.

No cabe duda de que las asociaciones voluntarias cumplen papel de extraordinaria eficacia. Con ellas ha comenzado, de ordinario, el movimiento en todas partes. Han abierto el camino para que los gobiernos preparen su política de población. Urge esta preparación entre nosotros; pero, una vez que existan y se echen a andar, no necesitan desaparecer esas agencias voluntarias. Como expresó certeramente la Asamblea Panamericana de Cali, cumplen entonces función útil, en cuanto suscitan el interés por el asunto, pueden ensayar innovaciones de procedimientos y ayudar de otras maneras. La acción de IPPF es digna de especial elogio y en un plano menor, lo es también la Asociación Chilena de Protección de la Familia.

La conducta de la Iglesia Católica

Se ha juzgado mezquinamente la conducta de la Iglesia Católica. Podría aparecer reticente; pero no se la puede acusar de indiferencia ni de negligencia, según dijo el Reverendo Padre T. Riedmatten, como vocero de la Santa Sede, en la Asamblea Mundial de la Salud. Muchas parejas tienen necesidad perentoria - agregó - de limitar, permanente o temporalmente, el número de sus hijos y en la decisión han de influir también consideraciones de orden patriótico. Las firmas del jesuita John L. Thomas de la Universidad de San Luis y del filósofo católico, doctor Louis Dupré figuraban entre quienes pidieron, en 1956, respaldo para los esfuerzos oficiales y privados para limitar la población mundial por medios voluntarios. El libro Los Católicos y el Control de la Natalidad, lleva un prólogo encomiástico del Cardenal Ricardo Cushing y él mismo ayudó a IPPF a lograr que se derogaran las legislaciones que prohibían, en Estados Unidos, las prácticas anticoncepcionales. Para el mismo propósito el Consejo Católico Nacional de Libertades Civiles presentó un amicus curiae ante la Corte Suprema. En ese país, una encuesta reciente de Gallup demostró que el 81 por ciento de todos los ciudadanos y un 78 por ciento de los católicos - porcentaje que había sido de 53, dos años antes - estima que la información respectiva debe llegar a conocimiento de todas las personas.

Ha aumentado considerablemente el número de sacerdotes que participan en los congresos y en las conferencias de población y de planeo de familia, como también en las asociaciones que se han formado en sus países respectivos. Es incuestionable que la Iglesia chilena ha asumido una actitud de loable prudencia y lejos de hostilizar los programas, los ha fomentado. Igualmente plausible es la actitud del gobierno de Chile, que los ha respaldado oficialmente. Resulta más significativo si se considera que, después de mucho tiempo, predomina en él, de nuevo, una combinación política con abrumadora mayoría de católicos.

La explosión de población en la familia y los médicos

Para los especialistas en medicina social y salubridad, habría sido suficiente que nos aseguraran, responsablemente, que la reducción de natalidad no redundaría en perjuicio para el progreso, puesto que nos asisten razones propias y poderosas para querer doblarla. Guardan relación con la salud y la vida de madres y niños y con el bienestar mismo de las familias. Sabemos que, en ellas, es donde se da, de veras y con tremendo dramatismo, la explosión de población. La experiencia nos ha dejado muchas enseñanzas elocuentes y lacinantes. Sabemos de los padres que desertan del hogar, porque la carga les resulta demasiado pesada; de los niños que se entregan a instituciones benéficas o se abandonan simplemente; de los vagos que recoge, día a día, la policía; de los que se entregan a la mendicidad por imposición de sus mayores etc. Por no aludir a otros, anotemos que, al menos en Chile, la industria del aborto es muy floreciente. Aunque sin precisión, conocemos la influencia de estas interrupciones de embarazos y de la fertilidad excesiva en la mortalidad materna.

Más significativo es el hecho de que, no obstante esfuerzos y gastos enormes y persistentes, no hemos logrado disminuir la infantil, que todavía excede bastante de 100 por 1 000. Esta pertinacia es claramente atribuible a la grave desnutrición de que sufre una proporción elevada de los lactantes. Porque se hallan en este estado y de consiguiente, son macilentos y apáticos y las infecciones prenden en ellos con violencia súbita, las madres no alcanzan a percibir la gravedad del caso ni a reclamar atención con debida prontitud y la intervención médica resulta tardía.

Es incuestionable que a los médicos y, particularmente, a los sanitarios, incumbe responsabilidad preferente en la conducción y en la realización de estos programas. Como ha expresado editorialmente la revista oficial de la Asociación Americana de Salubridad (American Journal of Public Health), debería existir una unidad de población, al mismo nivel que las otras oficinas mayores, en todo servicio de salud bien organizado. Esta labor tiene mucha semejanza con el control de las enfermedades transmisibles - hallazgo de los casos, labor multidisciplinaria etc. - y resulta facilitada por la acción previa de las agencias voluntarias, de que no se dispuso cuando se iniciaron esas campañas. Como para ellas, o para la instalación de letrinas, o para suscitar los exámenes periódicos de salud, hay que crear un clima de opinión. Según anota también el editorialista, se combaten, con gastos ingentes, las consecuencias últimas - hacinamiento, desnutrición, analfabetismo - y se descuida una de sus causas principales. Finalmente, poseemos sobre esta materia muchos más conocimientos de los que tenían nuestros antecesores para abatir los grandes flagelos.

Por fortuna, UNICEF ya está vivamente preocupada de este asunto, como demuestran, a las claras, las discusiones que tuvieron lugar en la última reunión del Consejo Ejecutivo. Hay augurios de que, en un

/futuro cercano,

futuro cercano, estará colaborando en los programas que los gobiernos quieran poner en práctica. Deberá hacerlo, puesto que el control de la natalidad forma parte esencial de la protección de las madres y los niños. Debe tener como sujeto principal a las mujeres que acaban de dar a luz o que han sufrido recientemente un aborto, como también a las embarazadas. Están más sensibilizadas y son las que más se benefician de los consejos. Como subproducto, UNICEF podría tener la gloria de suscitar la atención postnatal, que, en contraste con la prenatal, tiene auge tan precario en nuestros países y aun en el mundo.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Para terminar procede resumir solamente algunos puntos salientes:

- 1 En América Latina el crecimiento de población, que es el más rápido del mundo y no tiene precedentes en la historia, opone obstáculo formidable y acaso el principal a los empeños de desarrollo económico y social;
- 2 Principal y todo, dista mucho de ser el único. Nadie pretende que su frenación constituya panacea ni que pueda reemplazar a las otras medidas de fomento;
- 3 Se comprende que sólo apareciera últimamente la preocupación por este fenómeno, porque también él es reciente y nos obligó a despojarnos de la idea caduca de que nos convendría tener más habitantes, a breve plazo;
- 4 Como es urgente y la opinión pública está ya preparada, nuestras naciones deberían formular y poner en marcha políticas de población. Para su ejecución cuentan con la ayuda de agencias internacionales y extranjeras. Tanto para este objeto como para su formulación, debemos, evidentemente, colaborar unos con otros;
- 5 Se juzga nuestro porvenir demográfico con sobrado pesimismo. Si bien es probable que el incremento natural no haya traspuesto la cumbre, hay indicios claros de que se está produciendo la transición. Se puede esperar que este proceso sea más veloz, porque a los efectos propios de la urbanización y de la elevación de los niveles de vida, se está agregando el control deliberado de la natalidad, que lo facilita y apresura;
- 6 Se le está practicando ya en escala apreciable y tiene tal demanda social que nada podrá detenerlo;
- 7 Para estos propósitos basta, por lo mismo, con poner los agentes anticoncepcionales al alcance de quienes deseen emplearlos y educar persistentemente. Por fortuna se dispone de agentes eficaces y humanos, que se pueden recomendar sin reservas mayores. Se conoce bien la estrategia para proceder y hay facilidades para entrenar a los médicos y al personal;

- 8 En lo posible estos consultorios deben estar incorporados en los servicios de madre y niño y formar parte de la atención postnatal. Naturalmente deben beneficiar también a otras personas, mujeres y hombres;
- 9 Aunque no influya sobre la natalidad, lo que es absurdo y, además, ha sido desmentido por experiencias reiteradas, habría, de todos modos, que establecer las prácticas de anticoncepción. La explosión de población tiene sus consecuencias más trágicas en la familia. A protegerla contribuyen dichas prácticas. En este campo los médicos y, preponderantemente los sanitarios tienen gran responsabilidad;
- 10 A juicio del autor que, seguramente, comparten muchos latinoamericanos y los dirigentes de países subdesarrollados, UNICEF debería incorporar este asunto entre sus preocupaciones preferentes y brindar ayuda a los países que la soliciten;
- 11 Se ha juzgado mezquinamente la conducta de la Iglesia Católica, muchos de cuyos miembros tienen actitud más comprensiva que algunos dirigentes;
- 12 La revolución de expectativas surgentes, que es la fuerza más dinámica, se ha desencadenado entre nosotros, con especial violencia. Si bien produce inquietud política, dislocación social y otras consecuencias indeseables, constituye el mejor acicate para los empeños de desarrollo;
- 13 Al vigor que han adquirido esas expectativas en ascenso puede atribuirse la tendencia a enjuiciar la estructura social, política de gobierno y los programas de desarrollo con excesiva severidad. De ellas provienen también los afanes de planeo o planificación;
- 14 Este descontento con la situación actual y esta voluntad de impulsar el desarrollo económico según planes racionales y bien fundados representan la mejor garantía de que nos esperan días mejores.